

Nelson Verástegui

# Las seis y una noches



Ediciones  
Irreverentes

Accésit del IV Premio Internacional Vivendia de Relato

NELSON VERÁSTEGUI

# LAS SEIS Y UNA NOCHES

ACCÉSIT DEL IV PREMIO INTERNACIONAL VIVENDIA DE RELATO

Colección de Narrativa  
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© Nelson Verástegui

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

Octubre de 2010

Ediciones Irreverentes S.L

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-75-0

Depósito legal:

Fotografía del autor: © Paco Rosso

Diseño de la colección: Absurda Fábula.

Imprime Publidisa

Impreso en España.

## ÍNDICE

Ojo por ojo, insomnio al cuadrado .....	7
Aguas que lloviendo vienen, aguas que lloviendo van .....	10
El <i>bug</i> del año dos mil .....	15
sos - C. H. B., M. J. te necesita - sos .....	23
Asesinato en la calle del Comercio .....	32
Viaje interminable al internado .....	47
¡Quién sabe? .....	55
Madeiras hechiceras .....	65
Visiones premonitorias .....	74
Veinte años no es nada .....	82
Cayendo de pies con la soga al cuello .....	86
Las seis y una noches del gato encerrado .....	88
Cinco síndromes muuuuuy raros, cinco .....	115
Noril Oefrom .....	124
Corazón remendado .....	130



## OJO POR OJO, INSOMNIO AL CUADRADO

Se despertó lentamente en medio de la noche y en la penumbra de su habitación, llena de muebles traídos de París por una abuela viajera; se dio cuenta de que había estado soñando con números, que andaba con un cántaro sobre la cabeza y que de tanto contar y hacer cálculos complicados, terminó despertándose. No sabía si había sido una pesadilla o no, ni si era a consecuencia de la sopa de letras y repollo que tomó antes de acostarse, de la película *Drowning by Numbers* que vio esa noche en la televisión o de la foto del equipo de doscientas personas que desarrollaron Windows 95 en tres años y que vio en una revista en el metro de regreso a su casa pensando en el tiempo que hubiera tomado una sola persona para programar ese sistema. Sin embargo, era consciente de que algo importante había detrás de ese delirio.

Aunque no había nadie más en su cuarto, no quiso prender la luz para no ver la hora; no obstante, contaba los minutos mentalmente con las pulsaciones de la sangre detrás de sus orejas. ¿Qué sería el mundo si el ser humano no hubiera aprendido a contar? No habría estadísticas, promedios ni cálculos de productividad. No se sabría cuánto se gana o se gasta cada mes, cuántos años se tiene, cuántos se estudia, cuántos se trabaja ni cuántos se vive. No se sabría cuántas veces se enamora, cuántas se casa, cuántas se divorcia, cuántos hijos se tiene ni cuáles son sus edades. No habría computadores, teléfonos ni satélites.

«¿Y si en lugar de diez dedos la humanidad hubiera tenido ocho o doce? Las multiplicaciones y divisiones por diez serían más

difíciles, y los cumpleaños “importantes” serían los múltiplos de ocho o doce. ¿Y si la Tierra hubiera tenido más de una luna, cuántos días habría en una semana, cuántos meses en el año, qué sería el mes y cómo se llamarían las lunas?»

Entonces se dio cuenta de que la mayor parte de su tiempo lo pasaba contando: las horas, los pasos, el dinero, los amigos, las cosas por hacer, los errores cometidos, las palabras por aprender... Además, como pasatiempo, le gustaba sumar o multiplicar los dígitos de las placas de los autos que veía en la calle.

«Un mundo sin números y sin cuentas sería un mundo sin tiempo y sin espacio, sin comparaciones, sin ricos ni pobres, sin viejos ni jóvenes, sin gordos ni flacos, sin inteligentes ni brutos. No se sabría cuántos dioses hay, ni si existe el infinito.» Quizás por eso su infancia pasó tan lentamente con el mismo desorden del cálculo de un cerebro de cuatro años de edad. Quizás por eso le costó tanto trabajo aprender de memoria las tablas de multiplicación, como negándose a crecer y a entrar al mundo de los grandes.

«El tigre hambriento o harto no necesita saber cuántas veces comió al día, ni cuántas calorías le aporta su menú. Los mendigos analfabetos no necesitan saber contar para reconocer el valor del dinero.» Al cabo de un rato con los ojos acostumbrados a la oscuridad pensó en las noventa y seis cuerdas de su piano y se imaginó la música sin números. «No habría diferencia entre una balalaica, una guitarra y un arpa.» Pensó en la escritura sin números. «Los romanos no hubieran escrito en latín, y sin latín no habría italiano, ni francés, ni castellano, ni palabras sobreesdrújulas, ni poesía.»

Sintió que la temperatura de su cuerpo aumentaba al ritmo de sus lucubraciones. «¿Qué calificación podría obtener si escribiera una tesis sobre ese tema?» Entonces se acordó de que tenía que levanta-

tarse a las siete de la mañana, salir caminando bajo la nieve a soportar una temperatura de dos grados centígrados, recorrer quinientos metros hasta la estación del metro y tomar la línea uno o tal vez el trolebús número diez o el bus cuarenta y cinco, si pasaban justo a tiempo, para llegar a la universidad treinta minutos después para presentar en el anfiteatro veintidós un examen de ruso esperando sacar una buena nota aunque vacilara en las declinaciones de los ordinales, cardinales y fechas. ¡Adiós, mundo ideal! Tenía que dormirse y descansar a toda costa.

Hubiera querido tener al lado a su mamá para que le contara orugas o cuentos de gnomos y duendes como en aquellas noches de insomnio infantil en que su madre contando se dormía primero... Pero no podía contar con ella.

Decidió entonces relajarse, estirarse boca arriba, aflojar cada uno de sus músculos empezando por la cabeza y terminando por los pies, respirar profunda y pausadamente sin moverse, cerrar los ojos, y así se durmió contando ovejas sin darse cuenta.

Abril de 1996



## AGUAS QUE LLOVIENDO VIENEN, AGUAS QUE LLOVIENDO VAN

Concordia era un pueblo tranquilo y sin historias desde que sus fundadores decidieron crear un lugar de paz y amistad después de la guerra de los Mil Días a comienzos del siglo XX. Era como el punto fijo del teorema matemático en medio de las tormentas político-militares que azotaron el país periódicamente. Un pueblo ignorado del resto del mundo prendido a una montaña muy pendiente en un recodo del río Verde; un pueblo de casas grandes casi iguales con una iglesia y una plaza en el medio sembrada de inmensos samanes centenarios que sus fundadores preservaron para proteger del sol a los habitantes. Se vivía de la pesca, la caza, cría, levante y ceba de vacunos y de grandes cultivos de maíz, sorgo, plátano, yuca, ñame, algodón y frutales, todos a escala humana. Era un puerto de río que pocos viajeros conocían por estar alejado de las rutas principales que unían el centro del país con el mar que estaba no muy lejano de allí. Quedaba a unos cuarenta kilómetros de la cabecera municipal de Tierralta.

Estos son recuerdos de los años 1997 a 2000 cuando estuve en mi año rural al terminar mis estudios de medicina y luego me quedé trabajando durante un poco tiempo más interesado por la situación de la región.

Don Pedro Iwagadó vivía en Concordia desde que tenía cinco años. Era el único sobreviviente de los hijos de los fundadores y a sus casi noventa años seguía tan lúcido como siempre. El pueblo confiaba en él y lo tenía en cuenta en todas las decisiones.

Tenía rasgos muy indígenas como era natural por su apellido, pero una educación muy católica por los jesuitas, con quienes estudió desde pequeño. Unas cataratas le impedían leer, pero veía suficientemente claro para caminar solo, aunque con ayuda de un bastón y a paso lento.

Rafael Iwagadó, ingeniero civil graduado en la Universidad Nacional de la capital en 1942, había muerto en los años setenta tras haber hecho avanzar enormemente el proyecto de su vida: construir la represa de Urrá en su región de origen. Proyecto que él mismo definió allá por 1951 cuando trabajaba para el Ministerio de Obras Públicas y se plasmó en el plan de expansión eléctrica del país.

Óscar Iwagadó era el corregidor del pueblo, nombrado por el alcalde de Tierralta, y el nieto de don Pedro. Había estudiado derecho en la capital y tenía intenciones de vivir de la política, pero el mundo de las intrigas y los partidos tradicionales lo decepcionó y prefirió entonces volver al pueblo de su padre para ocuparse de los asuntos del abuelo.

El ambiente empezó a agitarse cuando llegó la noticia de que iban a construir la presa, y el embalse iba a inundar una gran parte de la región con el riesgo de cubrir completamente Concordia. Por más que los representantes de la compañía constructora que venían a levantar estudios topográficos detallados del terreno alababan la grandeza del proyecto con sus 1740 millones de metros cúbicos de agua, su presa central de 74 metros de altura, su dique auxiliar de 660 metros de longitud, su costo de 800 millones de dólares y su capacidad de 340 megavatios, los lugareños estaban cada vez más sorprendidos y furiosos. Tenían que hacer algo y organizarse. El Gobierno respondió con el proyecto de reconstruir idénticamente Concordia setenta metros más arriba para sal-

varla de las aguas y permitir que no solo sus habitantes sino muchos indígenas y campesinos de la región pudieran reubicarse.

Don Pedro salió de su retiro para tomar la cabeza de la oposición al proyecto. Su nieto no sabía muy bien qué partido tomar; aunque le habría gustado apoyar el proyecto póstumo de su padre, no quería oponerse a su abuelo, que tanta autoridad tenía entre los suyos y a quien siempre había admirado. Cuando yo llegué al pueblo, la construcción de la Nueva Concordia estaba bien avanzada pero con mucha protección militar, y en Concordia los indios embebras habían creado un centro ecológico de oposición y protesta contra la hidroeléctrica.

En la tarde de mi llegada, Óscar el corregidor, al que había conocido esa misma mañana y de quien llegué a ser buen amigo, entró corriendo a mi despacho. «Doctor, doctor, venga rápido, que mi abuelo no se siente bien», me gritó angustiado. Salimos corriendo, atravesamos la plaza y entramos a la vieja casa y al cuarto del anciano, que estaba medio inconsciente y rodeado de su familia. «Déjenos solos, abran la ventana y pongan a hervir agua», les ordené. Óscar se quedó nerviosamente a mi lado. Ausculté al anciano y me di cuenta inmediatamente de que le había dado un ataque de corazón. Le apliqué atropina para relajarle la contracción arterial y estimular la circulación colateral. «Tenemos que trasladarlo urgentemente al hospital de Tierralta», concluí. Óscar me contó por el camino la discusión que había tenido con su abuelo tratando de convencerlo de mudarse a Nueva Concordia. Toda esa agitación acumulada lo tenía alterado y su corazón no había soportado la tensión.

Al cabo de un mes, Óscar me pidió que lo acompañara a traer de nuevo al pueblo a su abuelo, que ya tenía permiso de salir del hospital tras una convalecencia y recuperación muy rápidas para su

edad. Siempre había sido fuerte y era sorprendente verlo como si nada hubiera pasado. «Abuelo, te traigo una buena noticia», le anunció. Yo estaba atento a la reacción del viejo por miedo de que la emoción pudiera causarle otro infarto. «Ya no inundan el pueblo. Han decidido dejar el embalse menos lleno, pues no es necesaria tanta potencia eléctrica», explicó. El viejo casi salta de la dicha. Me apresuré a auscultarlo, pero afortunadamente su corazón recibió bien el golpe. Abuelo y nieto se abrazaron y juntos lloraron de alegría.

Por el camino hacia Concordia, don Pedro me explicaba la geografía del municipio. Era la parte montañosa del departamento: al norte Montería, al este Montelíbano. Por ahí pasaban las serranías de Abibe y San Jerónimo. Me contó cómo y por dónde subir a los altos de Flecha, Betancí y Manta Gordal. Me aconsejó especialmente ir al cerro de Murrucucú, desde donde se podía ver muy bien todo el parque nacional de Paramillo. Tuvo tiempo hasta de explicarme cómo su padre convenció a un grupo de veteranos de la guerra de fundar Concordia como un edén perdido en la selva tropical para que nunca más sus familias y descendientes sufrieran la violencia.

Entramos al pueblo y los acompañé hasta la casa. El cuarto del abuelo estaba tal y como lo habíamos dejado un mes antes. Muchas personas querían entrar a verlo, pero les aconsejé que lo dejaran tranquilo y que no recibiera a más de dos personas a la vez ni más de dos veces al día durante varias semanas. «Ahora, ya no voy a salir de mi casa como antes. Ya el problema de la represa está resuelto y puedo morir en paz, pero que sea lo más tarde posible, doctor», me dijo dándome palmaditas en la espalda y con una sonrisa de oreja a oreja.

¡Qué pueblo más bonito y alegre! El carnaval había comenzado un par de días antes y casi todas las noches había bailes en la pla-

za principal con la banda del pueblo. Desde allí, vi con frecuencia a don Pedro asomado a su ventana con los ojos puestos sobre las jóvenes del pueblo que bailaban la cumbiamba con el ritmo de tambores africanos, flauta india y trajes españoles. Todos estábamos contentos. La vida había vuelto a renacer. Me gustaba imaginar que ese pueblo tenía quinientos años y siempre había sido alegre y aislado del mundo capitalino y sus intrigas. Había tomado también la costumbre de jugar naipes todas las tardes con Óscar en casa de su abuelo.

Un año después, en la noche de la candelaria, cuando cerrábamos el carnaval con el simulacro de entierro del personaje legendario Joselito Carnaval, en vez de regresar a la capital para trabajar en el Hospital Militar, donde un buen puesto me esperaba, decidí quedarme en Concordia, ya que ahí vivía Petrona, mi nuevo amor, una negra cumbiambera hermosa como ninguna.

Fue en el año 2000 cuando de nuevo vino a verme Óscar con el mismo afán del primer día, pero esa vez don Pedro no soportó el segundo ataque de corazón. Disfrutó feliz esos tres últimos años de vida en ese pueblo al que le dio la vida. El entierro fue muy concurrido. Vinieron parientes de muchos rincones del país. Óscar y yo descansamos también viendo que todo el pueblo pudo guardar el secreto de que don Pedro murió en realidad en Nueva Concordia, adonde lo trasladamos al regresar del hospital, y nunca supo que el embalse había cubierto su pueblo querido y que nadie se atrevió a decirle esta verdad por miedo de causarle una muerte segura. Al día siguiente hice mi maleta y me fui a la capital con Petrona y nuestro hijo siguiendo mi destino.

Febrero del 2004

## EL *BUG* DEL AÑO DOS MIL

Jacques Le Breton dejó a sus viejos amigos en el bar de la playa cerca del puerto de Le Pouliguen un poco después de medianoche ese domingo 2 de enero del año 2000. Más mareado que de costumbre por los demasiados coñacs que se había tomado, se subió en su bicicleta y recorrió las calles solas de su pueblo natal en dirección a su casa de piedra cerca de los acantilados de la punta de Penchâteau, desde donde dominaba el balneario de La Baule y, sobre todo, el océano Atlántico, que esa noche golpeaba con fuerza la costa en ese frío invierno. La casa vacía lucía con letras de hierro el nombre KERBER, que el abuelo Pierre le había dado en bretón como juego de palabras: «casa de piedra» o «casa de Pedro». Jacques dejó su bicicleta mojada en el garaje donde un viejo Renault Dauphine de colección dormía en silencio cobijado por una lona marrón. Se sacudió la gotas de lluvia de su gabardina amarilla, la colgó en un perchero del vestíbulo, cambió sus botas embarradas por unas cómodas chinelas de lana y empujó la puerta de entrada, que dándole la bienvenida chirrió pidiendo aceite.

Hacía diez años esperaba con ansia esta fecha fatídica desde que perdió su puesto de analista de sistemas en una gran empresa parisina tras haber sido comprada por una multinacional estadounidense que al reestructurarla suprimió muchos empleos. Él nunca aceptó que considerándose un trabajador ejemplar lo hubieran despedido después de tantos años de leales servicios. Era un experto veterano de los grandes sistemas, sobrevivientes de los años gloriosos de la informática centralizada y poderosa. Sus estudios de

ingeniero de minas terminados al comienzo de los años sesenta no le fueron muy útiles para conseguir un buen trabajo en esa rama, pero le abrieron las puertas del mundo de las computadoras. Con mucho entusiasmo se convirtió en un experto del Cobol y de la programación en ensamblador. Conocía de memoria todas las instrucciones del lenguaje de máquina y podía descifrar complicados vaciados de memoria en código hexadecimal, ya que la aritmética binaria y la lógica booleana eran su pasión. Sin embargo, despreciaba los miniordenadores, los microordenadores, los Macintoshes y los PC que habían vuelto anticuado su saber, así fueran cien veces más potentes que las máquinas que antes usaba.

Esa noche no tenía sueño al llegar a la casa, y la magnífica tormenta que empezaba a desatarse lo atraía a su balcón cubierto para contemplarla. Preparó un café bien cargado en la estufa que con leños de pino calentaba el hogar al mismo tiempo que lo llenaba de un agradable aroma. Encendió su pipa y en la penumbra, iluminado por intermitencia con los rayos y relámpagos, se sentó a contemplar el horizonte marino. Puso sus tobillos hinchados sobre un puf, mientras recuperaba una respiración menos agitada. Se rascaba impaciente a través de su espesa barba blanca con deseos de subir a la buhardilla a prender su computadora tan pronto como la tormenta se alejara. Todo estaba previsto. Ese lunes 3 de enero cumplía sesenta años y el mundo entero se acordaría de él por mucho tiempo. Todo estaba planeado desde que dejó de trabajar y vino a recluirse en el pueblo de su infancia donde su padre farmacéutico y su madre enfermera lo habían mimado y guiado hacia los estudios universitarios, pues querían tener un doctor en la familia.

Diez años atrás no quiso buscar otro empleo, regresó a vivir con su madre y decidió gastar buena parte de su cesantía en material

informático último modelo y libros sobre los nuevos sistemas operativos, lenguajes de programación y procesadores. Antes de que llegara la moda de la Internet, él ya estaba conectado al mundo entero desde su costa bretona no lejos de la desembocadura del Loira. Juró públicamente que había abandonado la informática y se dedicó al jazz con su viejo grupo de amigos. Al verlo tocar los ritmos de la Nueva Orleans en las percusiones con los dedos llenos de dedales metálicos, nadie podría imaginarse que ese mofletudo casi calvo con gruesos lentes de miope y barba blanca conocía todos los secretos de las redes informáticas, del TCP/IP, FTP, HTTP, SMTP, TELNET, FINGER, IRC, PING, NTP, POP, SSL, SKIP, ISKMP, de los servidores de ficheros, de todo tipo de circuito electrónico y, sobre todo, de los virus y trucos de piratas informáticos. A la muerte de su madre mejoró sus ingresos de jubilado prematuro alquilando su casa durante la estación turística. El único rincón secreto y prohibido a todo el mundo era la buhardilla donde mantenía su tesoro tecnológico.

Esa noche desde su mirador, sobándose su descomunal andoruga, pensó de nuevo en los relatos apasionados de su abuelo pescador acerca de las batallas navales que libraron en esa misma costa galeras romanas de Julio César contra veleros de Vannes en el primer siglo antes de Jesucristo, ingleses contra franceses en 1759 o alemanes contra la flota anglocanadiense al final de la segunda guerra mundial. El reloj de péndulo dio la una y media de la mañana cuando la tormenta empezó a alejarse de la costa. Le Breton se levantó de un brinco y subió rápidamente a su escondite. Con la respiración corta y faltándole el aire, abrió con su mano zurda los dos candados que bloqueaban la puerta y vio en la penumbra a su mascota, que corría en una rueda metálica dentro de la jaula. Prendió la luz y los ojos rojos de su rata blanca lo miraron fijamente. Encendió su



potente computadora, que casi instantáneamente se dispuso a recibir órdenes. Las luces del módem se prendían y apagaban al conectarse automáticamente a la Internet y recibir los últimos mensajes del ciberespacio. Jacques abrió el programa de correo electrónico y comenzó a leer las misivas de la lista de discusión sobre los problemas informáticos del fin de milenio, mientras se aplicaba un masaje en el brazo izquierdo, que últimamente le dolía con frecuencia, probablemente a fuerza de manipular el ratón de su computadora.

Durante el fin de semana y desde el 25 de diciembre no había habido mucha actividad, pero ese lunes a esa hora, ya el día laboral estaba bien avanzado en los meridianos de Nueva Zelanda, Nueva Caledonia, Australia, Japón y China. Comenzaban a manifestarse los primeros síntomas de mal funcionamiento. Varias personas informaron de que los relojes de sus máquinas indicaban como fecha el 3 de enero de 1900 aunque las habían probado y certificado a prueba de ese error. Por más que les cambiaban la fecha, al cabo de algunos minutos volvían a encontrarse un siglo antes. Se supo, por ejemplo, que los aviones y trenes del Japón y de Australia se habían detenido en todas las estaciones y aeropuertos antes de medianoche con la intención de partir de nuevo a la una y veinte de la madrugada y así calmar la ansiedad de los pasajeros. Sin embargo, los problemas informáticos les impidieron arrancar y todo el tráfico estaba paralizado. Mayuko Takasawa, jefe de la División de Sistemas de la Caja de Pensiones en Osaka, se había hecho el harakiri al enterarse esa mañana de que el sistema de pago a los jubilados que él había garantizado como infalible estaba bloqueado por errores de cálculo de edad de los afiliados que según la computadora no tenían derecho a pensión. La bolsa de Hong Kong no había podido comenzar sus transacciones, ya que los valores

de las acciones del día anterior no aparecían en las bases de datos. Los financieros del mundo que a esa hora estaban despiertos empezaban a dudar del estado de sus cuentas bancarias.

Le Breton sonrió con placer mientras abría una botella de champaña que había puesto en la heladera de su habitación para celebrar su cumpleaños y sus hazañas. Cuando empezó a urdir su plan una década antes, eran muy pocas las personas que se interesaban por el problema del año dos mil en el mundo de los ordenadores. Él desde hacía mucho tiempo había comenzado a corregir sus programas y enviar artículos a la prensa especializada explicando cómo evitar contrariedades. Nadie le puso cuidado. Después de su despido decidió vengarse del mundo entero por la injusticia que, según él, estaba padeciendo. Dirigió algunos virus malvados contra la multinacional que lo echó, pero, aunque logró perjudicarla, esto no era suficiente para su espíritu rencoroso. Tuvo entonces la idea de preparar el supervirus durmiente Y2K, que debería despertarse el 3 de enero y en otras fechas bien escogidas en todas las computadoras infectadas del mundo. Sería como lanzar un ataque bélico a un país precisamente a la fecha y hora en que se suelen probar las sirenas de alarma. Para lograr diseminarlo, creó previamente otro virus durmiente muy malvado llamado Melusine, lo instaló sin permiso en varios servidores Internet de la Silicon Valley, al tiempo que lo denunciaba en el ciberespacio distribuyendo un programa corrector para neutralizarlo. Al cabo de solo un par de días, las empresas vendedoras de antivirus comenzaron a incluir, con cada nueva entrega de sus cederromes limpiadores, el programa anti-Melusine que se habían apresurado a comprarle a Jacques. ¡Era su caballo de Troya! No sabían que así estaban introduciendo en todas las máquinas del mundo una brecha por donde se infiltraría el futuro

virus Y2K. Cuando eso sucedió, unos cuatro años atrás, Jacques estuvo de parranda con sus amigos de la orquesta de jazz durante una semana completa como nunca antes lo había hecho y, claro está, sin que nadie entendiera el motivo.

Las horas pasaban y los mensajes de pánico seguían llegando al ciberforo de debate, provenientes de países cada vez más cercanos a Europa. En los meridianos de Bangkok, Nueva Delhi e Islamabad nadie entendía la locura de los ordenadores. El sistema de acueducto de Pakistán estaba completamente paralizado y no llegaba el agua a ninguna casa, pues el programa de control había calculado que el tiempo transcurrido desde el último mantenimiento era incorrecto y por medida de seguridad había cerrado automáticamente los depósitos de agua de las ciudades. Los cajeros automáticos de Tailandia no quisieron abrirse y la población entró a la fuerza a las diferentes sucursales bancarias para retirar su dinero. Las alarmas del metro de Calcuta se dispararon por errores inexplicables de división por cero en los programas de seguimiento del tráfico y miles de pasajeros se encontraban bloqueados en los túneles bajo tierra, mientras los equipos de bomberos trataban impotentes de extraerlos a toda prisa.

Alegremente, Jacques jugaba con su rata blanca, saboreaba una copa de champaña o seguía eufórico el ritmo con sus dedos metálicos sobre los platillos de su caja de percusión escuchando al clarinetista Sidney Bechet tocar *Petite Fleur*. El Regordete, como lo apodaban sus amigos, era un hombre misterioso y contradictorio: alegre y silencioso, fiestero y secreto, terco y vengativo pero leal y servicial. Nadie le conoció un amor duradero después de que su novia de juventud se casó con su mejor amigo mientras él prestaba servicio militar en Argelia. Desde entonces decidió desconfiar de

todas las mujeres, y por ese motivo vivía solitario después de la muerte de su madre.

Ahora tenía un dolor de cabeza persistente a pesar de haberse tomado dos aspirinas, y una sensación de opresión en el interior del pecho se hacía más pertinaz. Recordó el menú de excesiva cena de esa noche: de aperitivo comió ostras y tomó whisky con hielo; de entrada comió bogavante a la armoricana con un vino blanco muscadet de Nantes; el plato fuerte fue pernil de cordero con frijoles blancos acompañado de una vieja botella de tinto burdeos; no dejó de comer dos o tres trozos de queso azul con pan y vino; de postre, crep de manzana regada con coñac flameado con un vaso de sidra y, para terminar, varios coñacs tras un café negro bien cargado. Estaba seguro de que había exagerado en su festejo, supuestamente con motivo de su cumpleaños pero en realidad como preludeo a su gran travesura informática. Convencido de que se trataba de una indigestión más, decidió tomarse dos cucharaditas de bicarbonato de sodio mientras pasaban las horas y seguía recibiendo en su pantalla mensajes de Teherán, Moscú o El Cairo que reportaban las extrañas e inexplicables anomalías de los sistemas enloquecidos.

Un tal Toribio Cacho buscado por Interpol desde hacía varios meses debido a intrusiones en bases de datos de la CIA a partir del inseguro servidor «atenea.lasalle.edu.co» había sido detenido finalmente en la universidad de San Petersburgo, donde estudiaba con una beca cubana. Esa misma noche, el fanático Serguey Sumaschedshii lo estranguló camino al aeropuerto acusándolo sin razón de haber adulterado los relojes de las computadoras rusas. Mohamed Abdul Abderrahim, ascensorista en el hotel Sheraton Montazah de Alejandría, trataba en vano de calmar a un grupo de turistas

que estaban encerrados con él en el ascensor entre los pisos 12 y 13 por culpa de una falla eléctrica generalizada inducida por errores de cálculo en los ordenadores de la represa de Asuán. El pánico comenzaba a cundir por el planeta entero y algunos informáticos ya trabajaban de madrugada en la mitad del mundo en que todavía era de noche probando una y otra vez sus máquinas para asegurarse de que todo estaba en orden. La red Internet seguía funcionando perfectamente no solo porque fue diseñada para resistir a los efectos de una guerra nuclear, sino porque el virus Y2K preservaba de sus golpes a los principales nodos servidores de la multimalla mundial.

Jacques se había quedado dormido sin darse cuenta. El reloj dio las ocho de la mañana y un despertador sobre su escritorio comenzó a sonar. Le Breton abrió los ojos, calló el timbre y volvió a mirar la pantalla donde comenzaban a aparecer los primeros mensajes de Europa Occidental. Sentía vértigo pensando en los desastres que estaban ocurriendo. En ese momento pasaron por su mente todos sus sesenta años de vida. Al mismo tiempo empezó a ver todo doble y sintió de nuevo el fuerte dolor de pecho, pero esta vez no tuvo tiempo de hacer nada. Todo estaba previsto, menos que el mundo seguiría buscando una solución al *bug* del milenio sin enterarse de que el autor del virus Y2K, culpable de todo esto e inadvertido hasta el momento, acababa de morir sin poder saborear su victoria.

Agosto de 1999

Este mensaje no es de publicidad, ni una cadena que no se deba romper, ni alguna forma de pedir dinero, y no le pasará nada si usted no lo lee o envía a nadie más. Lo escribo porque nadie cree lo que me pasó este verano y contaré aquí. Tal vez usted sí me entienda y me ayude a poner en contacto, antes de finalizar el siglo XX, a las dos personas de las que le voy a hablar. Si no tiene tiempo de examinarlo cuidadosamente ahora, léalo con tranquilidad más tarde, porque es importante que llegue hasta el final sin interrupciones. Si decide no leerlo, perdón por la molestia y sanseacabó.

Estaba en la playa, leyendo con dificultad el libro *A Descoberta da América pelos Turcos* de Jorge Amado, escrito en portugués del Brasil, con la ayuda de un diccionario de bolsillo que acababa de comprar, cuando, mirando al mar para vigilar a mis hijos, que jugaban con las olas, vi una botella que flotaba en el agua y se dirigía hacia mí. La marea subía con premura y el mar en ese momento casi lamía mis pies. No tuve que dar muchos pasos para recogerla y descubrir, después de retirarle las algas que la envolvían, que le quedaba pegado al exterior un trozo de etiqueta con el siguiente texto incompleto: «[...]emia da Cachaça [...]nadotte 26. R. [...]eiro, Brasil». El corcho que tapaba la botella estaba muy ajustado y tuve que usar el tirabuzón, que siempre cargo en mi navaja, para poder extraer del interior el papel enroscado de un misterioso documento.

Estaba manuscrito con letra pequeña y no muy clara, o, en todo caso, no lo suficiente para mis escasos conocimientos del idioma portugués. Sin embargo, como me gusta desentrañar esas palabras que

parecen significar una cosa a primera vista y resultan representar después otra cosa muy distinta —verbigracia: *no, pelos, porto, sino, cedo, ano, pela, logo, chão*, etcétera—, traté de descifrar entusiasmado el contenido. ¿Por qué llegó derecho a mí ese mensaje y no a uno de los cientos de veraneantes que se quemaban la panza al sol a mi alrededor? ¿Estaba quizás destinado al único que en la playa entendía un poco de ese idioma o fue tal vez mi diccionario de bolsillo, que lo atrajo como un imán? De repente, creí que se trataba de una broma, pero el estado inicial de la botella me indicaba que no era así.

En esas estaba cuando los niños vinieron a secarse y a jugar a mi lado, mi esposa me pidió que le aplicara más bronceador sobre la espalda y la marea empezó a mojarme la toalla. Como en ese extraordinario día soleado la arena estaba tan llena de gente que no había lugar adonde correr, decidimos que ya estaba bien del astro rey y, después de guardar mi tesoro sin que nadie lo viese, regresamos a casa.

Por la noche, sofocado por el bochorno estival y, tal vez, insomne por la despertada curiosidad de mi subconsciente, decidí levantarme a medianoche y, mientras los demás dormían, volver a mi tarea de traducción o más bien desciframiento, acompañado por el gato de la vecina, que se acercó a dormir a mi lado luego de darle a beber un poco de leche.

El mensaje decía más o menos lo siguiente (debo precisar que lo escribo según lo dicta mi memoria pues, como explicaré más tarde, ya no me queda nada de él).

«Por lo que más quiera, ¡ayúdeme a encontrar a Carlos H. B. antes de que termine este siglo!» Del nombre exacto de esa persona no estoy seguro, pues apareció completo solo una vez y además ilegible. No logré entender los apellidos, que abrevio aquí como *H.*

B., aunque de igual forma podría ser A. E. «Es un asunto de vida o muerte. Dígame que le doy una última cita en la réplica de la sirena de Copenhague frente al Ministerio de la Marina en Brasilia o en el lugar donde la hayan puesto ahora. Allí lo esperaré hasta siempre. Mi nombre es María J. y hoy, 31 de diciembre de 1980, no me queda más remedio que enviar esta botella al mar con la esperanza de que alguien me ayude a localizarlo. Por favor, lea este relato hasta el final, sin detenerse, aunque sea inverosímil. A mí también me parece un sueño.» El nombre que yo supuse *María* tampoco estaba claro, y el apellido, que abrevio aquí con una jota, podría ser *Japonesa*, *Lapona* o algo parecido.

«Llegué a Río de Janeiro el 5 de julio de 1922 en medio de una revolución que no duró más de veinticuatro horas, pero que inició un ciclo que continuó hasta 1945. Unos tenientes se habían rebelado contra el Gobierno porque los arreglos políticos y la corrupción eran muy grandes. Ese día la Escuela Militar, el Fuerte de Copacabana y otras unidades se sublevaron. La insurrección en la Escuela Militar fue dominada antes del amanecer. En Copacabana, los revoltosos emplearon cañones contra el ministerio en el centro de la ciudad; y cuando se dieron cuenta de que no podrían ir más lejos, dieciocho de ellos, entre oficiales y soldados, salieron a la calle decididos a morir para, así, conmover a la opinión pública, enfrentando a las tropas fieles al Gobierno. Fue una carnicería, aunque los insurrectos soportaron veinte minutos de fuego contra miles de legalistas. De los dieciocho, apenas dos salieron vivos: Siqueira Campos, que murió en un accidente aéreo pocos años después, y Eduardo Gomes, hoy general de la Fuerza Aérea, que ha cumplido setenta años.» ¡Qué curioso!, estos dos nombres y todos los siguientes del relato estaban escritos con clara y minuciosa letra de imprenta.



«Acompañé a Siqueira Campos hasta el día de su muerte. Lo había ayudado a escapar de la balacera y gracias a él aprendí mucho de las fuerzas militares, en especial de la Marina, que era la que más me interesaba. La ciudad había cambiado muchísimo desde mi anterior visita. Me costó trabajo aprender el portugués, pero poco a poco llegué a dominarlo. Decidí tomar la vida con calma y esperar el momento propicio para poner fin a mi condena. Acostumbrada a las gentes de mar y con la esperanza de encontrar a mi salvador, 11 387 días después de mi llegada, en plena avenida del Presidente Vargas, ofrecí agua de mi garrafa a los marinos que se preparaban para un desfile y, como Carlos H. B. fue el primero en aceptar, mi obsesión fue desde ese instante hacerle pronunciar mi nombre pero sin yo hacerlo pues me petrificaría. ¡Ese nombre que se ha escrito de mil y una forma diferente en todos los idiomas del mundo y yo sin poder mencionarlo! El agua aceptada por un marinero y el sonido de mi verdadero nombre en su boca eran las condiciones suficientes para liberarme del encanto que me mantiene en esta situación desde hace tantos años.

»Seguí los pasos de Carlos con discreción durante toda su carrera: a veces disfrazada, a veces al descubierto. Quise enamorarlo varias veces, pero es el marino más fiel que he conocido; alguien a quien no le va el cuento de que “en cada puerto un amor”. Siempre llegué demasiado tarde, por más que hubiera tomado la forma de alguna hermosa joven dactilógrafa y “calipigia”.» Yo no entendí bien esta palabra, que, así, de pronto, me sonó mitológica. «Llegué hasta dejarme arrancar el pelo en una ceremonia de iniciación de los indios ticunas, y asustar a todo el personal de un barco tomando la forma de una pantera suelta, para llamarle la atención, sin conseguirlo. Me gustó recorrer tras él los ríos desde Belém do Pará hasta la

frontera con Perú y Colombia, acompañándolo en su misión de mantener la integridad del territorio nacional, “enarbolando la bandera del país” por todas sus vías fluviales. Aprovechaba este ir y venir constante, para prestar servicios de salud a los ribereños, muchas veces en localidades de menos de cincuenta habitantes, donde todavía hay indígenas y sacerdotes de todas las religiones. Recorrimos varias veces los más de ocho mil kilómetros navegables del Amazonas —abierto a la navegación internacional desde el tiempo del imperio— hasta Iquitos en el Perú. No era fácil...

»En realidad, Carlos sí se interesó en mí, sobre todo cuando me aparecía en mi forma más ordinaria diciendo groserías a granel; no obstante, para mi desesperación, nunca llegó a preguntar por mis orígenes verdaderos, que lo hubieran llevado indirectamente a descubrir mi verdadero nombre sin tener yo que decírselo. El hechizo que padezco me prohíbe decir la verdad de mi caso a nadie que tenga en frente. De no cumplir esta condición, regreso en el acto a petrificarme por cuatrocientos años más en el interior de algún objeto metálico. Por otro lado, si en el siglo en que despierto no logro que mi marino salvador diga mi nombre (blanco es, gallina lo pone) porque así se le haya ocurrido, me queda la posibilidad de enviar al mar un solo mensaje como este en una botella, veinte años antes de que ese siglo termine, e ir a esperar los resultados dormida en las entrañas del objeto metálico que yo elija. Si Carlos viene a la cita que le doy en Brasilia y me libera de mi encierro metálico de la sirena danesa, podré descansar en paz de una vez por todas. Lo único que tiene que hacer es darme un beso y pronunciar mi nombre verdadero. Me verá de nuevo por unos segundos y luego desapareceré para siempre. Si no, ¿existirá el mundo en el 2320? Por eso quiero que le diga lo siguiente.»

Al llegar a este punto del relato, tuve deseos de destruir ese papel pensando que en verdad era una tomadura de pelo. Me detuve a pensar unos minutos, estiré las piernas, me froté los párpados, me mojé la cara, tomé un buen vaso de agua y respiré por la ventana el aire fresco de la noche silenciosa. El gato seguía durmiendo. Mi familia soñaba en coro profundamente en los cuartos vecinos. Me senté de nuevo y continué leyendo.

Además del recado para Carlos, que solo revelaré a él cuando entremos en contacto, había otros detalles sobre su vida que no mencionaré aquí, pues le servirán de contraseña para que yo lo reconozca. El relato continuaba como sigue:

«No he tenido suerte. Hace cuatrocientos años el 7 de enero de 1520 me desperté a bordo de la nave *Santiago* de la expedición de Magallanes que viajaba hacia el extremo del cono sur en busca del Pacífico. Tomé la forma de un grumete polizón que convenía a ese medio tan machista de la época. Me apresuré a ofrecerle agua de mi garrafa al primer marino que encontré: era don Pedro Díaz de Solís, que viajaba de incógnito con otro nombre y que, teniendo ya sus planes preparados, me protegió pensando que le sería útil más tarde. Lo seguí desde ese momento y lo acompañé en el reconocimiento del río de Solís, llamado así en honor a su hermano, que allí había sido asesinado y devorado por caníbales cuatro años antes. Magallanes, recordando esta trágica muerte, prohibió el desembarco de sus hombres. Esa fue mi perdición: don Pedro decidió desembarcar en secreto para vengar a su consanguíneo. Tuve que seguirlo y protegerlo como pude a través de la selva virgen caliente y húmeda hasta que llegamos a Río de Janeiro después de pasar por Monte Vidi siguiendo la huella del indio que según parece era el responsable. Don Pedro murió demasiado pronto en una pelea de

borrachos y con él mis esperanzas de salvación en ese siglo. Desesperada le conté mi historia a un salvaje de la tribu guaraní de los tamojos, que eran los habitantes del lugar, y en seguida quedé prisionera de una especie de clavo de oro que llevaba colgando en uno de los tres agujeros de su labio inferior».

A medida que pasaban las horas noté que las letras se iban desvaneciendo y otra escritura surgía progresivamente del fondo del papel reemplazando la original. Al comienzo no le puse mucho cuidado, pues estaba concentrado en la lectura, pero después empecé a tomar nota de algunas importantes palabras, de algunos nombres propios y una que otra fecha o dato que me había llamado la atención antes de que el texto original se borrara para siempre. ¡Cómo me hubiera gustado haber tenido una fotocopiadora a la mano o que se me hubiera ocurrido tomarle una fotografía o filmarlo! Volví al comienzo de la hoja y empecé a leer el nuevo texto, que oscureciéndose tomaba forma ante mis ojos incrédulos.

«Mi primer despertar fue en la corte almohade de Córdoba en 1126. Al comienzo no entendía lo que me estaba pasando y la memoria tomó varios años en volverme por completo. Había estado encerrada en un escudo de bronce en la casa del filósofo Muhammad ibn Rusd. Cuando este fue expulsado de Córdoba por heterodoxia, lo seguí como criada, sin saber la razón, primero a Lucena, luego a Marruecos y al final a Mauritania. Allí en una noche de luna, oyendo los cuentos de unos pastores cerca del jardín de la casa, recobré la memoria y en seguida les conté mi problema. En ese mismo instante, quedé encerrada de nuevo en un collar de oro que uno de ellos llevaba al cuello.

»Todo había comenzado en Basora en el año 720 en casa del gobernador Jalid bin Abd Allah al-Qasri. Yo era la preferida de su

harén. Me quería mucho por mi imaginación para inventar cuentos. Quería que le contara uno cada noche, pero no era fácil descubrir nuevas ideas. Me tocaba pasar las horas oyendo a los mercaderes y marinos de la ciudad para encontrar inspiración. Me divertía y estaba muy orgullosa de mi talento. En esa época, las mujeres no teníamos educación y, por lo tanto, yo no sabía leer ni escribir. Una noche oí a Jalid ufanarse ante su amigo Abu Yusuf del libro de cuentos que estaba escribiendo. Supe que copiaba mis relatos y los quería hacer pasar por suyos con el deseo de hacerse famoso. Cuando Jalid quedó solo, le reclamé su abuso y lo amenacé con divulgar su embuste al día siguiente. Se puso furioso y hasta quiso matarme. Decidió, sin embargo, castigarme aún más severamente. Me amordazó, me ató con una soga a una silla y sacó de un odre grande una lámpara de aceite. Me dijo que era un talismán que permitía viajar al futuro y que me enviaría allá para que me cerciorase de lo famoso que sería él gracias a mis cuentos. Me indicó todas las reglas que debía cumplir para salir del sortilegio, pronunció una palabras mágicas y me encerró en la lámpara sin que pudiera defenderme. Ahora lamento que no haya sido él quien viajara por el tiempo, pues se hubiera enterado de que hoy ya nadie se acuerda de nosotros...»

Las letras de esta parte del mensaje que, como mi lector habrá observado, correspondían a una época anterior, se hicieron todavía más negras y en el momento en que se podía leer en portugués: «¡Rápido! ¡Vuelva a poner este papel en la botella!», sentí que el papel se calentaba y comenzaba a quemarme los dedos. Aunque me faltaba por leer al menos un párrafo, apresurado enrosqué el escrito y lo introduje en el envase. De pronto, surgió una llama que consumió en un dos por tres el pliego. La botella comenzó a temblar sobre la mesa y se quebró en mil pedazos de un solo golpe. Un